

de los niños, de la cual tenía costumbre de valerse para obrarlos, ó de la fe de los que pedían.

3.º La honra más insignificante que se le quería tributar le servía de confusión. Cuando ruega al Señor que modere la profusión de sus favores: *satis est, Domine, satis est*, asegura que es indigno de los favores que recibe, que se ruboriza de ellos, que tiembla al pensar que el mundo puede llegar á apercibirse, y cobrar estima á un pecador que únicamente se merece su desprecio.

¡Oh Dios mío! Si la humildad se concilia con lo que más excita la admiración entre los hombres, las gracias extraordinarias, el poder de los milagros... ¿no debe ser mucho más fácil para aquel que no puede disimular el profundo abismo de sus miserias? Inspiradme amor á la abyección, haced que sea justo para buscar únicamente el desprecio de los hombres. Tengo infinitamente más motivo de aniquilarme ante vuestra presencia que el santo Sacerdote cuyas virtudes acabo de meditar. Si me dáis su humildad me daréis con ella todas sus virtudes; atraerá sobre mí vuestras misericordias que será base de todo bien; pues ella es: *Sapientiæ solium, gratiæ pallium, gloriæ præludium* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Su amor á Dios.*—«¡Basta, Señor, basta!» Fuerza de este amor. Cuando un corazón está íntimamente unido á Dios, lo mismo le halla en el ruido de los negocios, que en la tranquilidad del silencio. En medio de los negocios más importantes, hallábase Javier poseído del divino espíritu y exclamaba: *satis est, Domine, satis est.*—Amor desinteresado. No amaba sino á Dios. Padecía por hallar tanta felicidad en el desempeño de sus deberes... Basta, Señor, basta: temo que alteren vuestras dulzuras la pureza de mi amor

(1) S. Amb., in Ps. CXVIII, v. 50.

y que amando vuestros celestiales dones, no os ame á Vos mismo.

PUNTO SEGUNDO.—*Su celo por la salud del prójimo.*—Gozó del Cielo estando aún sobre la tierra; pero dirígese su pensamiento á tanta multitud de almas como se pierden. Prefiere dejarlo todo, hasta al mismo Dios, para ir en su ayuda.—Siente que si no modera su fervor podrá llevarle á algún exceso, con perjuicio de lo que debe á las almas.—Ama los sufrimientos, medio eficacísimo para contribuir con éxito á la salud de las almas; y de ahí esta queja: Basta, Señor, basta de consuelos; aumentad los trabajos y las tribulaciones: *Amplius, Domine, amplius.*

PUNTO TERCERO.—*Su profunda humildad.*—Javier desconfía de sí mismo, se desprecia y desea ser despreciado. Prefiero, Señor, recibir vuestros dones con medida que verme expuesto á la desdicha de no usar de ellos bastante santamente. Además, poseído de desprecio por sí mismo nada teme tanto como ser apreciado... ¿Qué hace al quejarse de las prodigalidades del Señor para con Él?—Protesta que es indigno de estos favores y tiembla al pensar que el mundo de ello llegará á tener noticia y apreciará á quien no debe más que desprecios. ¡Oh Dios mío! Concededme la humildad: *Ella es el trono de la sabiduría, el manto de la gracia, prelude de la gloria.*

MEDITACIÓN XXIII

8 de Diciembre.—*El privilegio de LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA considerado con relación á la Madre de Dios.*—*En este privilegio todo es gloria para María*

- I. Razones por las cuales María debió ser Inmaculada en su Concepción.
- II. Como sucedió esto.
- III. Honores que con ocasión de este misterio recibió María.

PUNTO I

Gloria y felicidad de María por las razones en virtud de las que debió ser inmaculada en su Concepción

No otra cosa que los grandes designios que Dios tenía acerca de María Santísima. Dos fueron los motivos por los que debió ser Inmaculada. Cuando los Padres del Concilio de Trento trataron del pecado original y de la ley bajo la que están sometidos todos los hombres, declararon formalmente que no intentaban incluir á María Santísima en esta triste y humillante necesidad. Verdaderamente podemos pensar que debió acaecer algo semejante en el eternal consejo de la Augustísima Trinidad, cuando de allí partió la sentencia que á todos los hombres condena á nacer pecadores. Cada una de las tres Personas tenía especialísimos motivos para proclamar una excepción en favor de María.

El Eterno Padre veía en Ella una Esposa amadísima, que engendraría en el tiempo á Aquel que El mismo engendra en la eternidad: y ¿podía permitir que fuese deshonrada ni por un solo instante por la vergonzosa mancha del pecado?

El Hijo veía en la Santísima Virgen una Madre, que amaba ya El más que puede ser amada cualquiera otra madre; y pudiendo disponer de su suerte, ¿cómo no había de hacer por su honor todo cuanto pudiese? Salomón sale al encuentro de Bethsabé y previene sus deseos: *Pete, mater mea, neque enim fas est ut avertam faciem tuam*. Y Dios, al tomar Madre ¿había de ser un Hijo menos bueno que Salomón? Bien sabía El lo que había de pedirle su Madre, y aún antes de que Esta naciera, oía ya su voz, más que angelical, que le decía: «Mi Hijo y mi Dios, lo que prefiero entre todos los dones, es ser siempre pura é inmaculada ante tus ojos; que en ningún instante de mi vida, y mucho menos en el primero, pertenezca yo á otro que no seas Tú.» Serás servida, ben-

edita Madre, y de siglo en siglo se repetirá: *Benedicta sit sancta et Immaculata Conceptio Beatissimæ Virginis Mariæ*. Así debió hacerlo vuestro Hijo, mirando su propio honor y su amor á Vos. Vuestra Sangre circulará por sus venas; ¿y ha de permitir que la Sangre divina que ha de lavar el mundo, esté impura y sucia en su misma fuente?

El Espíritu Santo contemplaba en María la obra maestra de la divina gracia, una criatura en la cual había de obrar más maravillas que en todas las demás juntas. Ella será por excelencia «el tabernáculo de Dios con los hombres» (1) y por esto el mismo Dios se encarga de preparar y disponer este vivo santuario. Desea que nada falte á su obra; que la morada sea digna de quien ha de habitarla y de su arquitecto; ahora bien, ¿podría ser de este modo; si el mismo Espíritu Santo no hubiese cubierto con su sombra la Concepción de María, para librarla aún de la más pequeña mancha?

Nada en verdad hay que imaginarse pueda tan honroso para la Virgen Santísima como estos títulos, oficios é inefables relaciones que la unieron tan estrechamente á Dios y que exigían que fuese concebida sin pecado. El privilegio de su Concepción Inmaculada es la base sobre la cual reposa todo el edificio de las grandezas de María, y en pos de sí atrae á todos los demás privilegios. Al conocer que María ha sido concebida sin pecado, ya no es menester preguntar para quien estará reservada la maternidad divina, la incorrupción en el sepulcro, la resurrección anticipada, etc; pues si tales distinciones han sido reservadas á una criatura, esta no puede ser otra que la Virgen concebida sin la mancha de la culpa.

(1) Apoc. XXI, 3.

PUNTO II

Gloria y dicha de María en la manera con que le fué concedido este privilegio

En primer lugar solamente á Ella le ha sido concedido. Dios, pródigo en sus dones, se ha mostrado avaro en este. Se conocen santos en cuyo favor ha hecho impotente el furor de los leones, la actividad de las llamas... hay quien fué santificado en el seno de su madre; pero la exención de toda mancha original es un beneficio que María no comparte con nadie.

Además ¿qué hace Dios para adornarla con este privilegio único? Si hubiese comenzado de nuevo la creación dándole el ser inmediatamente, ya no vería en esta concepción milagrosa sino una derogación de la ley que había establecido para la propagación del linaje humano; pero no: de padres contaminados como los otros hombres nacerá María toda pura: de una fuente corrompida Dios hará brotar el más cristalino arroyuelo. ¡Cuántas maravillas en esta gran maravilla! El demonio tiene aprisionados en sus cadenas á todos los descendientes de Adán; solamente un ser está libre de él, y este lo vencerá. Un fuego abrasador lo destruye todo y en medio de este general incendio queda intacto un hermoso tallo, y no solamente no se quema, ni se afea, sino que de él brota la más bella de las flores y produce un fruto que será la salvación de los pueblos. Un feroz tirano lleva la desolación por toda la tierra, extendiendo por todas partes su cruel dominación; una ciudad solamente pone resistencia y se hace la maestra del universo... Este ser, este tallo, esta ciudad, es la bienaventurada Virgen María... «Ciudad de Dios, ¡cuántas alabanzas se habrán de decir en vuestro honor!» (1)

(1) *Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei* (Ps. LXXXVI, 3).

Por último ¡cuán preciosas prerrogativas fueron el complemento ó las consecuencias de este privilegio! La plenitud de gracias y de dones espirituales, desde este instante eleva la santidad de María por encima de la santidad de los más grandes santos, y desde entonces posee de un modo perfecto el uso de su razón y de todas sus facultades, exención de la concupiscencia y de las otras consecuencias funestas del pecado original; abundancia de luces sobrenaturales, facilidad de adelantar continuamente en las vías más sublimes por una entera correspondencia á todas las gracias que recibe, sin que jamás venga á detener sus progresos la más pequeña imperfección... Apenas es concebida María, cuando es, en expresión de los santos Padres, *præstantissimum universi orbis miraculum, abyssus miraculorum, tota miraculum*. Ella es ya, dice San Juan Damasceno, todo un mundo lleno de magnificencia, la creación más admirable: *¡Quam mundus iste magnificus! ¡Quam stupenda creatio!* (1).

PUNTO III

Honores tributados á María con motivo del privilegio de su Inmaculada Concepción

Nada hubiera podido demostrar mejor lo arraigado que estaba en las almas el culto de la Santísima Virgen que las disputas que surgieron con este motivo. Sucedió como en los primeros tiempos del Cristianismo, cuando la herejía se atrevió á atacar su dignidad de Madre de Dios. Fuego sale de todas partes. El clero y los fieles, las universidades y los príncipes rivalizaron en ardor para rechazar una opinión que, hiriendo el honor de María, hería en el corazón á todos sus hijos. Jamás se han pronunciado tantos discursos, ni se han escrito tantos libros, ni se han hecho manifestaciones tan solemnes en su honor.

(1) *Serm. 2 in Nativ. B. M. V.*

Otro tanto ha sucedido en nuestros días, cuando un juicio irreformable ha venido á consagrar esta creencia, elevándola al rango de los dogmas de la fe. ¿Qué hemos visto? ¿Qué ha pasado en Roma y en todas las regiones del universo donde se respeta la autoridad de la Iglesia? ¿Qué corazón católico no se ha estremecido de gozo, y dado testimonio de abnegación filial al culto de María?

Virgen santa: ¿se os puede amar y no alegrarse de vuestra gloria? El bien de la madre es el bien de los hijos; el pensamiento de vuestra dicha nos hace olvidar nuestras penas, ó nos ayuda á soportar su peso. Sí, nosotros juntamente con Vos damos gracias al Señor por los grandes favores que os ha hecho. ¡Oh María! Recibid nuestras felicitaciones: amadnos siempre: obtenednos de Jesucristo que nos hagamos dignos de su amor y del vuestro: *Gaude, Virgo gloriosa, super omnes speciosa. Vale, o valde decora, et pro nobis Christum exora.*

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Gloria y dicha de María en las razones que pedían que su Concepción fuese Inmaculada.*—Dios tenía grandes designios sobre Ella. Dios Padre veía en Ella á una Esposa muy querida, que engendraría en el tiempo á quien El engendra desde toda la eternidad: Dios Hijo, á una Madre á quien El amaría infinitamente, más que puede amarse alguna otra madre; Dios Espíritu Santo, á una criatura obra maestra de la gracia, en quien El obraría más maravillas que en todas las criaturas juntas. Cada Persona de la Santísima Trinidad tenía su razón para conceder á María este privilegio: ¿Puede imaginarse algo que honre más á la augusta Virgen que estos títulos, estos oficios, estas relaciones con la Divinidad, que necesitaban su exención de la mancha original?

PUNTO SEGUNDO.—*Gloria y dicha de María en la manera con que le fué concedido este privilegio.*—Únicamente se ha concedido á Ella.—Para que el milagro sea más admirable, Dios no comienza de nuevo la obra de la creación: de una

fuelle corrompida hace brotar el arroyuelo más puro. Ciudad de Dios, grandes cosas se han de decir en vuestro honor, como consecuencia de este prodigio!... ¡Cuántas prerrogativas han de ser su complemento! Plenitud de gracias y de dones espirituales, uso perfecto de todas sus facultades desde este primer instante, exención de la concupiscencia, etc.... María es ya todo un mundo lleno de magnificencia y un abismo de milagros.

PUNTO TERCERO.—*Honores tributados á María con motivo de este privilegio.*—Para defenderla, el clero y los fieles, las universidades y los príncipes rivalizaron en fervor, y lo que había sucedido en los siglos antecedentes, se ha renovado en el que acaba de expirar. ¿Qué corazón católico no se ha estremecido de gozo, y no ha querido dar á María su testimonio de amor, cuando la Iglesia ha proclamado este dogma?

MEDITACIÓN XXIV

La misma materia.—El privilegio de LA INMACULADA CONCEPCIÓN considerado con relación á nosotros.—Cuanto nos importa hacer de él el objeto especial de nuestra devoción.

I Por las instrucciones que da á los que le meditan.

II Por las bendiciones que atrae sobre los que le honran.

PUNTO I

Instrucciones que encierra el privilegio de la Inmaculada Concepción de María

Unas son comunes á todos los cristianos, otras particulares á los ministros del Señor.

1.º Cuando se reflexiona sobre este misterio se respira un perfume de inocencia. En la conducta de Dios, en la de María; todo nos predica aquí el horror

al pecado, la estima de la gracia y el deseo de una santidad cada vez más perfecta.

Dios tiene tal aversión al pecado, que uno solo, aunque hubiese sido efecto de una voluntad extraña y borrado desde el primer instante, hubiera puesto un obstáculo á los grandes designios que tenía sobre María. Al contrario, la gracia es de tal precio á sus ojos que, queriendo privilegiar á una criatura sobre todas las otras, le da la gracia ante todo, con preferencia á todo, para poseerla en todo.—*Ante todo.* El no piensa hacerle bien alguno antes de darle la gracia; no puede sufrir que esté privada de ella por un solo instante.—*Con preferencia á todo.* ¡Prodigio inefable! Dios va á descender á los hombres; necesita una Madre. El despliega en su favor su poder, su sabiduría, todas sus infinitas perfecciones... ¿Qué hace en favor de Ella? Le da la gracia, que es lo más precioso que tiene en sus tesoros, y todo Dios como El es, cree haber hecho bastante por su parte en favor de la más amada de sus criaturas.—*Para poseerla en todo.* María será colmada de los bienes de la gracia, pero no tendrá otros bienes. Ella no tendrá parte en estas riquezas, en estos honores, hacia los cuales se dirigen tantos deseos; y solamente con los bienes de la gracia, no sólo no le faltará cosa alguna, sino que con su plenitud podrá enriquecer á todos los hombres... Hé aquí el concepto que Dios tiene de la gracia. ¿Es esta la idea que yo he tenido de ella hasta hoy? Para mí ó para mis hermanos, ¿he preferido este gran bien á todos los bienes?

Consideremos la estima que de ella ha hecho la *Virgen Prudentísima* por su atención en conservarla, su celo en sostener sus derechos, y confundámonos por el contraste de nuestra conducta con la suya. María no ha tenido parte en nuestra degradación moral; todas sus inclinaciones se dirigen al bien..., y entre tanto toma todas las precauciones que nuestra fragilidad nos hace tan necesarias: huida del mundo, vigilancia sobre sí misma, austera penitencia, trabajo continuó, oración ferviente... Ella está llena de gracia desde el momento de su Concepción, y

lejos de descansar en la abundancia de los dones que ha recibido, se dispone continuamente á recibir otros nuevos; pasa incesantemente de un mérito á otro mérito...; en cada instante de su vida ve crecer su tesoro. Doble condenación que nosotros no debemos perdonarnos: nuestras imprudencias nos exponen á perder la gracia, y nuestras vilezas impiden el aumentar en nosotros las riquezas de ella. Con la vigilancia de María, las gracias que recibimos serían suficientes para librarnos del pecado; con su fidelidad, serían harto abundantes para elevarnos á la perfección de nuestro santo estado.

2.º Instrucciones particulares á los ministros del Señor. María ha sido la más pura de las criaturas, preservada del pecado original, confirmada en gracia, adornada con todas las magnificencias de la gracia; pero, ¿por qué? Porque debía tener las relaciones más íntimas con el Dios infinitamente santo. El destino del Sacerdote. ¿no es, bajo este aspecto, comparable al de María? Si Gersón ha podido decir: *Tam divina est Maria, ut quidquid Scriptura dicit de Sapientia æterna, Ecclesia dicat de Maria*; no se puede decir del Sacerdote, con San Ambrosio: *Qui sacerdotem dicit, divinum prorsus insinuat virum?* ¿No es, con alguna proporción, como la augusta Virgen, el compañero del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en la obra de la Redención? Para llevar dignamente en su seno Virginal al Verbo hecho Carne, no ha bastado que fuese concebida sin pecado; ha sido necesario que el Espíritu Santo la preparase todavía más dándole una nueva plenitud de gracia: *Ut dignum Filii tui habitaculum effici mereretur, Spiritu Sancto cooperante, preparasti*; ¿qué inocencia de vida, qué santidad deberá tener aquel que se hace todos los días en el altar, como el padre de la sagrada humanidad de Jesucristo, que la toca con sus manos y la recibe dentro de El mismo? *Si haberes angelicam puritatem et sancti Joannis Baptistæ sanctitatem, non esses dignus hoc sacramentum accipere, nec tractare* (1). *Inoffen-*

(1) Imit., l. IV. c. V.

sos et immaculatos decet Dei existere sacerdotes (1). Mientras que el buen Sacerdote tenga confianza, su celo en honrar la Inmaculada Concepción de María le obtendrá la pureza eminente que de él exige su celestial vocación.

PUNTO II

El privilegio de la Inmaculada Concepción
fuente de bendiciones para aquellos que le honran

Lo que principalmente consuela á los servidores de María es la convicción, sólidamente apoyada del valimiento sin límites de que goza junto al Señor: Si *la Virgen poderosa* está en su favor, ¿quién estará contra ellos? Hé aquí porque se esfuerzan constantemente en captarse cada vez más su afecto. Ahora bien, ¿cómo dudar que Ella acoge con una satisfacción particular los homenajes tributados á su Concepción Inmaculada? Ella desea que nuestras alabanzas se unan á las suyas para dar gracias á Dios por un beneficio cuyo precio conoce. Es demasiado poco para su reconocimiento repetir eternamente: *Magnificat anima mea Dominum*; es necesario que diga á todas las criaturas inteligentes: *Magnificate Dominum mecum*. Responder á esta invitación que nos hace, es merecer una gran parte de los tesoros de bendiciones de que Ella es dispensadora. San Francisco Javier, Santa Teresa, el bienaventurado Alfonso Rodríguez, Pedro Fourier, el padre Avila y una multitud de personajes santos hablaban de esto por experiencia, cuando afirmaban que se obtiene todo lo que se quiere, honrando especialmente este privilegio que es el de su predilección. ¡Cuántas tentaciones vencidas, cuántas calamidades ahuyentadas, cuántos prodigios obrados por este simple acto de fe: «María ha sido concebida sin pecado!», ó por esta oración tan sencilla y tan afectuosa:

(1) Conc. Tolet. 4, c. X.

«¡Oh María, concebida sin pecado, rogad por nosotros que acudimos á Vos!» Recordemos la medalla milagrosa, la archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias y la santa prodigalidad de la Iglesia en favor del escapulario de la Inmaculada Concepción (1).

Entremos, pues, en los deseos de nuestra Augusta Madre, y veamos lo que podríamos hacer para honrar y hacer honrar este privilegio que es el primero de todos los suyos. Cuanto más nos mostremos sus hijos consagrados, tanto mayor experimentaremos los efectos de su ternura maternal. El último día se acerca. Pronto sonará la hora formidable en que daremos cuenta de tantas obligaciones, de tantos medios de salvación y de tantas infidelidades! ¿Quién nos protegerá en este terrible momento? ¡Ay de nosotros! Dichoso el Sacerdote que pueda decir con confianza á la Madre de su Juez: «Yo he hablado por Vos ¡oh María! hablad por mí; yo he defendido vuestra causa, defended Vos la mía, yo os he amado, yo he querido haceros amar, salvadme.»

Renovar la consagración á María, y la resolución de practicar con fervor y de propagar con celo la devoción á la Concepción Inmaculada.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Luces é instrucciones que encierra el privilegio de la Inmaculada Concepción.*—Todo nos predica aquí el horror al pecado, la estima de la gracia y deseo de la perfección.—Dios tiene tal horror al pecado, que la más leve mancha, aunque al punto hubiese sido borrada, habría puesto un obstáculo á sus designios para con María.—Para privilegiarla sobre todas las criaturas, le da la gracia ante todo, con preferencia á todo, para poseerla en todo. He aquí lo que Dios piensa acerca de la gracia: y yo ¿qué he pensado acerca de ella? Y María ¿qué idea me da de tan valioso tesoro por

(1) Al fin de este volumen se habla de esta devoción.

su atención en conservarla y su celo en cultivar un talento tan precioso? Ella no tenía nada que temer, y sin embargo no hubo precaución que no tomara. Yo debo temerlo todo: y me expongo imprudentemente.—Tanta santidad le ha sido necesaria para llevar en su seno al Verbo Encarnado; ¿no es la misma Sagrada Humanidad la que yo tengo presente en el altar, la que toco con mis manos, y de la que yo me alimento?

PUNTO SEGUNDO.—*Gracias que nos atrae nuestro celo en honrar la Inmaculada Concepción.*—María lo puede todo y nada nos capta tanto su afecto como nuestro celo en honrar un privilegio que tan querido es para Ella. Desea vivamente que le ayudemos á pagar la deuda de reconocimiento que le ha hecho contraer tan gran beneficio.... ¡Cuántas tentaciones vencidas, cuántos prodigios obtenidos por esta invocación: ¡Oh María, concebida sin pecado, rogad por nosotros que hemos acudido á Vos!

MEDITACIÓN XXV

21 de Diciembre.—SANTO TOMÁS.—*Misericordia del Salvador para con este apóstol.*

- I. En la paciencia con que soporta su incredulidad.
- II. En la condescendencia con que la combate.
- III. En el triunfo que obtiene.

Punto I

Paciencia de Jesucristo para con su apóstol incrédulo

El crimen de Tomás era enorme. Después de todos los avisos y de todos los milagros de su Maestro, convencido de su Divinidad y habiéndole oído á menudo anunciar su Resurrección en el tercer día, la nueva que le daban las santas mujeres no debía sorprenderle, sino causarle una alegría más viva: apesar de todo

él cree se trata de una ilusión. Con la misma libertad rechaza el testimonio de los discípulos que han visto al Salvador después de su resurrección y que han conversado y comido con El. Para Tomás todos los apóstoles no son sino visionarios, espíritus débiles; él solo se erige en espíritu fuerte.... ¡Qué orgullo! ¡Cuánta presunción! Quiere dar la ley al Soberano Señor é imponerle las condiciones á las cuales deberá someterse para obtener su fe: *Nisi videro in manibus ejus fixuram clavorum; et mittam digitum meum in locum clavorum, et mittam manum meam in latus ejus, non credam* (1). ¡Qué pretensión tan audaz y sacrilega! Declara abiertamente que aun cuando vea y oiga á Jesucristo, no se rendirá; es menester que lo toque con sus mismas manos: *Nisi mittam digitum meum... nisi mittam manum meam...* Pero si la vista y el oído pueden engañarle ¿por qué el tacto más material y más grosero que los otros dos sentidos no le engañaría también? ¿No podrá decirse que había perdido su razón con su fe, *non credam*? Si no cree, está perdido; ¿podría arriesgar su salvación con más temeridad? Su pecado, por otra parte, no fué como el de San Pedro, el error de un momento; en él perseveró durante muchos días, apesar de todas las amonestaciones que se le hicieron y de todas las pruebas que se le presentaron. Tenía en esta conducta una obstinación intolerable, injuriosa para Jesucristo, escandalosa para los débiles....; su buen Maestro la soporta.

Esto daba grande aflicción á María, al colegio apostólico y á toda la congregación de los fieles cuya alegría era turbada por tan criminal obstinación, pero rehusando escuchar á la Iglesia ¿no era razonable que se le excluyera? *Si Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus.* La línea de conducta estaba trazada; Jesús no permite que se siga. Inspira á todos, su paciencia y guarda... ¡Ay! ¡Cuánto le cuesta abandonar un alma á la que ha amado y enriquecido con sus gracias! ¿Qué no hace por apartarla del abismo en que está sumida, alejándose de El?

(1) Joan., XX, 25.